



Duelo

Carmen Dolores

Traducción de Lucía Varela Relegiel y Sónia Cerqueira Ribeiro

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

—¿Pero entonces, qué te ocurre? ¿Qué es lo que te he hecho?¿Por qué me tratas de este modo?

Luísa se postraba a los pies de su amado, humilde e implorante, presionando la curva de su busto delicado contra ese cuerpo que la evitaba, rígido, con una actitud hostil e irreconciliable.

—¡Armando! ¡Armando!— insistía, al principio dulce y llorosa, pero después un poco impaciente... Comenzó a sacudirlo con cierta irritación, intentando leerle el pensamiento a través de su mirada dura que se desviaba, impenetrable.

En ese momento Luísa se levantó sacudiendo bruscamente los hombros y se tiró sobre una poltrona, desde donde lanzaba dardos de cólera, concentrada en el ser

enigmático que la desafiaba, siempre mudo y sumido en su diván, mientras golpeaba impertinentemente con la punta del bastón en la alfombra.

Entonces un silencio de odio transcurrió entre los dos amantes en ese delicioso *boudoir*, destinado a los tiernos mimos de la intimidad feliz, donde todo recordaba levemente en el desorden artístico de los objetos a esos besos y caricias y la suavidad de las almohadas dejadas aquí y allá, al alcance de aquel que se quisiese doblar en una postura de adoración.

De repente, Luísa se levanta con ímpetu y la cola serpentina de su larga bata de seda acompaña sus pasos febriles por el aposento, saltando, parando, enroscándose en los muebles, como algo vivo y palpitante que participase de los estremecimientos e indecisiones de la forma femenina a la que pertenece. Armando sigue ahora, con una media sonrisa que le crispa el labio, toda esa tortura de la que se siente causa.

—¡Luísa! —grita él por fin. Ella se para, pero desde lejos, con las manos cruzadas detrás de la espalda, en una postura burlona y provocante; a través de sus pestañas entrecerradas, con un aire interrogativo, deja caer sobre el amante todo el peso del más irónico e implacable resentimiento. Es él entonces quien se levanta y lentamente se aproxima, inclinándose para examinar de cerca el hermoso rostro que hace poco lloraba sobre su pecho y que ahora lo encara con una indiferencia tan altiva.

Los ojos de ambos se encuentran, se miden, se penetran, se adentran uno en el alma del otro y después de ese análisis se desvían, tristes y desilusionados. ¿Qué fue lo que leyeron, por Dios? La verdad humana que es la eterna soledad de cada criatura y la inanidad de todos los esfuerzos de la vida, en busca de la fusión absoluta que jamás, jamás se produce.

Dentro de sí misma, Luísa pensaba: “Todo esto que está aquí, era para él... No hay en este nido de amor un solo objeto que no sea testigo de mi cariñoso empeño por acariciarle la vista por todos los medios. Estas flores las cogí para que se regocijase en ellas su gusto artístico.

Estos cuadros los colgué para satisfacer su adoración por la belleza... Lo tuve presente cuando dispuse los bibelots de esa mesa, al preparar la media luz de esa lámpara, al mullir esos cojines del sofá, donde se debían intercambiar nuestras demostraciones de amor. Fue para disfrutar del resultado querido de todos estos preparativos tan dulces por lo que me perdí por él y me encerré en un pequeño círculo con un único objetivo: su pasión,

segura de los juramentos y promesas que supo murmurarme su hermosa voz de oro, cuando aún me deseaba.

Sin embargo, hoy que me siente toda suya, presa en sus manos, esclava de su voluntad, busca pretextos para darme lo menos que pueda de su existencia, contrariado en su egoísmo; yo tan solo reclamo lo que me fue prometido. En esos momentos simula motivos de irritación y camina por ahí malhumorado y taciturno. ¡Mal pagador! ¡Ingrato! Pero aún no puedo escapar de él porque lo sigo amando tal y como es y aún no he saciado la sed de su posesión... Aunque más tarde...”

Y toda la ilusión del sentimiento se desmoronaba en esta incertidumbre de Luísa, quien parecía aceptar la posibilidad del fin.

Por su parte, esto era lo que se decía Armando a sí mismo:

“Necesito decididamente defenderme, si no Luísa me invade la vida, los hábitos y no me consiente libertad alguna de movimientos. Todo esto en realidad es encantador, pero siempre, todos los días, ¡ah! No. Incluso se cree con derecho a llamarme cuando no voy y esas cosas no me agradan. Al mismo tiempo tampoco puedo alejarme...”

¡Pobrecilla! ¡Le gusto tanto! Está ciega. Es demasiado, demasiado...”

Armando detuvo aquí su razonamiento porque de esa contemplación muda, nacía en los dos un enternecimiento suave, una tristeza, como un deseo de ahogar en un simulacro de felicidad y ternura toda esa maldita lucidez, que envenenaba sus mejores ilusiones.

Luísa dejó caer la frente sobre el hombro de su amante, que la retuvo contra sí; y de repente, en un abrazo violento, nervioso, casi brutal, buscaron enterrar en los labios del otro las terribles verdades que parecían escapar de esos besos.

—¡Por fin! —balbuceaba Luísa. Volviste a ser para mí lo que eras...

—¡Oh! ¡Mi gran amor! —repetía Armando.

Sin embargo, los ojos inquietos de ambos continuaban traspasándose, desconfiados; cuando el amado salió y Luísa se quedó meditando en la ventana, enguirnaldada con jazmines, escuchó cómo una voz, en la oscuridad de la noche, se levantaba desde el silencio de las cosas, una voz cruel, una voz de desánimo que le confesaba la confirmación de todas sus dudas desgarradoras. Ese eco del pensamiento íntimo le decía que el amor es en realidad un duelo entre el hombre y la mujer, los cuales ocultan bajo una recíproca adoración las armas del orgullo, del egoísmo, del insaciable dominio. Cada amante quiere

Duelo, Carmen Dolores

Traducción de Lucía Varela Relegiel y Sónia Cerqueira Ribeiro

vencer al otro, en la inútil aspiración de poseer a un ser que sea todo y exclusivamente suyo; pero como ese otro tiene las mismas ambiciones, se cruzan eternamente los floretes en un torneo que solo termina cuando uno de los combatientes acepta la tibia pasividad del vencido. Mientras, en este caso, el vencedor se aburre de firmar con el sello de su fuerza un alma inerte y la pasión se extingue por la falta de lucha y de alimento.

¿Es necesario entonces aprobar ese duelo que forma el fondo de todo amor, sobre todo cuando une a dos seres modernos, complicados y poseídos por el espíritu analítico de este final de siglo, y que arruina las mejores impresiones del sentimiento? ¡Qué hacer con la sinceridad que existe muchas veces al final en el alma humana y principalmente en la femenina! ¿Cómo conciliar la necesidad de la lucha con el deseo de abandono, de avasallamiento y confianza, al que fuese grato entregarse en la pasión? ¿No es cien veces preferible amar con simplicidad, con grandeza, con fe, a tener siempre en mente una táctica de acción y defensa contra un enemigo adorado?

En ese momento Luísa vio cómo se le pintaba en su memoria la mirada dura con la que su amante había cribado hacía poco la dulzura tan sincera de su humildad afectuosa y con un suspiro melancólico aceptó la penosa imposición de este duelo quizás necesario para conservación de su amor.

El cuento original "Duelo" (1897), de Carmen Dolores se encuentra publicado en http://www.amulhernaliteratura.ufsc.br/catalogo/carmemDolores_textos.html

©Fotografía de Guillermo Casas Baruque
Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro